Director: Eduardo Reguera

PERIÓDICO CULTURAL DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

LUNES, 1 DE JUNIO DE 2020

La raíz que nos une

Querer saber de dónde venimos y la historia que hay detrás de nuestros ancestros es parte de nuestro interior más profundo.

La emigración de canarios a América comenzó con las primeras colonias que envió España a aquellas tierras, y entre 1778 y 1783 se produjo un importante asentamiento en el estado norteamericano de Luisiana. Eran unos 3000, se hacían llamar "los isleños" y pronto se integraron como parte de la población realizando diversas labores, entre las que destacó el cultivo de la caña de azúcar para elaborar ron. Otros sin embargo, años más tarde, tuvieron que participar en la famosa batalla de Nueva Orleans de 1814.

Desde pequeña siempre escuché hablar de mi tatarabuelo Bernardo, emparentado con los primeros Falcón establecidos en Teror y Telde. Varios de los descendientes del linaje Falcón de Gran Canaria formaron parte de aquella aventura que les abrió oportunidades en el Nuevo Mundo.

Alrededor de la "descamisada" familiar que hacíamos todos los años se contaba la historia de Joseph Falcón, conocido como Joe, que fue sucesor de aquellos primeros isleños que se instauraron allí creando nuevas mesturas. La cultura francesa era predominante y se reconoció oficialmente un nuevo grupo étnico denominado pueblo cajún. Joe Falcón demostró grandes



Fotografía: Alberto Suárez

dotes musicales y de su familia que hablaba el español de Canarias, francés e inglés, absorbió cual esponja el mejor aprendizaje que luego se reflejó en su música mestiza. El acordeón fue su instrumento y en el primer cuarto del siglo XX se convirtió en la primera figura de la música cajún en EEUU. Fue reconocido en los años 30 como

pionero en este estilo country de carácter rústico, con el que pudo recorrer gran parte de su país.

Hoy en día persisten en esa zona del Misisipi familiares de Joe que siguen manteniendo la tradición cajún que tanto éxito le dio. El gofio, las papas arrugadas y hasta el traje folclórico son también parte de las reuniones que los actuales "isleños" siguen teniendo al otro lado del charco y en las que recuerdan que por sus venas corre sangre que les conecta a miles de kilómetros con una tierra que no conocen, pero que igualmente sienten como suya... su raíz.

Nereida Rodríguez Hdez.



La guagua de El Polvorín

La línea de El Polvorín siempre fue una línea con muy pocos viajeros. Solo registraba algo de demanda en sentido de subida, porque es más ingrato subir las pendientes que bajarlas. Y es que al igual que ocurre con el Barrio de San Juan, bajas recorriendo a pie 500 metros y ya estás en la zona de Triana, zona céntrica indiscutible.

También San Juan y El Polvorín coinciden en tener unas calles estrechas y sinuosas, lo que imposibilita poner en

sus líneas guaguas estándar, por lo que en la ya inexistente línea 83 prestaban servicios unas guaguas Mercedes-Benz L608D con una longitud que no llegaba a los 8 metros.

La línea partía de la terminal del Teatro Pérez Galdós y después de recorrer Rafael Cabrera y Bravo Murillo desembocaba en la Carretera de Mata. Entraba luego en El Polvorín. Lo recorría para atravesar la cresta del Barrio de San Antonio. Luego se dirigía a Schamánn para acabar cerca del Cen-

tro de Salud de Altavista. La línea la cogía muy poca gente, pero lo que no es de dominio público es que había un viajero muy peculiar. El hombre al que me refiero tampoco era consciente de que lo era, por la sencilla razón de que se pasaba el viaje (más bien los viajes) durmiendo dentro de la guagua. Se trataba de un jubilado, de los que tiene un carnet gratuito, y su hija utilizaba la guagua como Centro de Día ambulante. Lo sentaba por la mañana a las 8 y los recogía al mediodía a la 1.

La suerte para el jubilado, para su hija y para el propio conductor fue que la guagua nunca se averiaba, con lo cual se ahorraron el bochornoso trance de llevar la guagua al taller con el jubilado roncando dentro.

Luis Cabrera Hernández





Desde principios del siglo pasado y durante seis décadas, la sucursal de la Joyería Lezcano en la calle Obispo Codina junto al puente de piedra (Las Palmas de Gran Canaria), lució un bello rótulo estilo Art Nouveau integrado perfectamente en el edificio, acoplándose a la curva de su fachada.

He intentado recrearlo, con el handicap que supone no conocer los colores reales, imaginando y siguiendo tendencias de la época. Sus letras bien podrían ser doradas, teniendo en cuenta además que se trataba de una joyería.

Jaime Medina





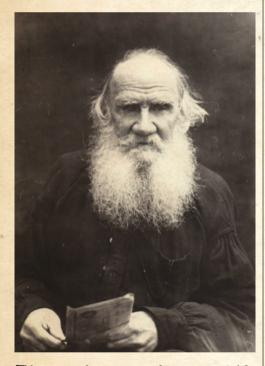
JAYERIA REUJERIA PLATERIA Y OPTICA

Más en: https://www.facebook.com/pg/Buenaletra.art









Tula, situada a unos doscientos kilómetros al sur de Moscu, es una ciudad heroica de Rusia: entre sus viejos edificios y sobre los adoquines de sus calzadas, dos regimientos del Ejército Rojo integrados por obreros moscovitas, cuyas armas pesadas eran cañones antiaéreos, paralizaron, en inconcebible batalla, el avance de las unidades blindadas del general hitleriano Guderian, desarticulando así la estrategia concebida por el mando nazi para rendir la capital del único Estado socialista que existia entonces.

Dentro de los límites de la región de Tula, a catorce kilómetros al sur de la histórica ciudad -famosa también por sus samovares y por ser la que Pedro el Grande eligió para instalar la primera armería de Rusia-, se encuentra Yasnaia Poliana, otrora posesión del príncipe Volkonski, heredada por el conde Liev Nikoláievich Tolstoi, nieto del principe.

Estuve en Yásnaia Poliana hace unos cuantos noviembres. Un manto de nieve floja blanqueaba los tejados de las viviendas y los ramajes de abedules, robles, abetos y manzanos del bosque. En los senderos, bajo el ir y venir de los turistas, la nieve se había reducido a pardas costras de hielo. Las mansiones señoriales de Volkonski y de Tolstoi, las isbas de la servidumbre de campo, el aterido estanque, las deshojadas arboledas, los prados blanquisimos, la diminuta capilla, la aldea próxima, bajo la luz de estaño del húmedo otoño

tulense, a la que añadí el sepia melancólico de mis fabulaciones, me parecieron imágenes del recuerdo. Creo que siempre me será muy difícil, por no decir imposible, transferir a palabras la poesía, el halito genésico que emana de esa especie de santuario, de zona sagrada, donde la divinidad que se venera es una entidad real, creadora de historia y de cultura: el alma de la

La mansión de Tolstoi, edificada a la derecha y detrás de la de su ilustre abuelo -ésta fue cedida por Tolstoi a sus sirvientes para que la habitasen-, contiene los muebles, las obras de arte, los libros y los objetos de uso personal que rodearon al maestro durante los sesenta y tantos años que vivió allí con su familia. Lo que mayor impresión produce al recorrerla es que en ella todo está en el sitio donde siempre estuvo, precisión que se repite en la casa que por espacio



de diecinueve años ocupó Tolstoi en un suburbio de Moscú. Gracias a la dedicación y minuciosidad de la viuda del escritor, Sofía Andreievna, ambas casas quedaron como súbitamente detenidas en el tiempo al morir su dueño. Con tanto escrúpulo se ha respetado el orden que tenían las cosas en ellas, que sólo algunos detalles —un vidrio protector encima de un manuscrito, un cordón que nos separa prudentemente de una mesa cubierta de vajilla o que nos impide penetrar en una habitación, y, por supuesto, las ubícuas celadoras – nos hacen caer en la realidad de que estamos en un museo y no invitados a tomar el té con el autor de Guerra y paz.

En su forma silenciosa, Yásnaia Poliana relata la intimidad de Tolstoi. Trastocar los objetos que como sombras vivas la pueblan sería lo mismo que adulterar los datos de una historia. Las contradicciones entre la grandiosa sencillez de este hombre de espíritu

León Tolstoi en su estudio por Ilya Repin, 1891. universal y hábitos de aldeano, devoto de lo esencial y noble de la vida, y los rutinarios apetitos burgueses de la mayoría de sus familiares, se insinúan con velada elocuencia en los aposentos de esta casa, la cual "ha retenido dijo Máximo Gorki, quien la visitó en vida del maestro - la voz de Tolstoi, acusadora, severa y verídica".

Uno de los caminos abiertos entre los abedules de Yásnaia Poliana termina al pie de un roble corpulento que se yergue frente al cauce de un arroyo. Hay, junto al roble, una piedra rectangular y musgosa, estrecha y no muy larga, que vi moteada de nieve. Ante ella comprendi que una piedra tendida en el corazón de un bosque puede ser conmovedora si es la tumba de un hombre como Liev Nikoláievich

Manuel Díaz Quintana





Usa un perfume que se queda en la habitación como un amigo de toda la vida. Se mueve con seguridad. Tengo que admitir que con el retardo de la webcam me estaba perdiendo una parte de su atractivo. En una de las conversaciones que tuvimos, me dijo que su deporte era la gimnasia deportiva. Es profesora de primaria y por las tardes da clase de gimnasia como actividad extraescolar. Ese detalle me atrajo: las gimnastas aman la precisión. La gente suele ser bastante descuidada, nadie pone atención a lo que hace. He tenido malas experiencias y prefiero tomar mis precauciones. Yo no estoy para sustos. No se puede estar siempre pendiente de las torpezas de los demás y ya no somos niños, que parece que son de goma.

Siguiendo mis indicaciones, ella espera en el comedor mientras saco el pastel de carne del horno y lo divido en porciones con un cuchillo de sierra. Pienso en el color rojo de su barra de labios y me hago un corte en el dedo, menos mal que soy rápido de reflejos y ha sido una herida pequeña. Tenía que haberle dicho que mejor sin maquillaje. Luego añadiré esa precaución a mi lista.

Saco la bandeja y veo que está disfrutando del aperitivo. Me siento frente a ella y pincho un trocito de queso. Le digo que lo he comprado expresamente para la ocasión. Ella me había contado que le encanta el queso. Entonces, me señala un rincón soleado en el suelo, cerca de la ventana. Le pedí que no trajera nada pero me dice que no ha podido resistirse y me ha regalado una planta. Sonríe diciendo que no necesita muchos cuidados: es

Considero que lo correcto es darle las gracias y recordarle que no tenía que

Se sirve el pastel y empezamos a charlar. Me cuenta anécdotas de sus alumnos. También me habla de las peculiaridades de algunos niños. Tiene un alumno que solo escribe con lápiz, no quiere usar bolígrafos ni rotuladores ni ceras, nada que no sea un lápiz. La mente humana es un misterio. Ella dice que todo lleva su tiempo y hay que tener paciencia.

Me gusta como lo explica todo, con sencillez y naturalidad. Mis historias de la torre de control no son tan interesantes como las suyas, pero me pregunta por mi trabajo y trato de contarle alguna anécdota que pueda



www.santacruzmipuerto.com

Estarás informado de todo lo que pasa en el muelle de Santa Cruz de Tenerife.

animar la comida. No me da tiempo de contarle mucho porque me pide que le sirva un poco de agua y cuando se la voy a servir, levanta el vaso y se derrama el líquido sobre la mesa y de la mesa a su vestido. Al ver el agua correr he querido secarla con la servilleta y la jarra se ha resbalado de mi mano. La verdad, es que no pensé que ella fuera de esas personas que levantan el vaso cuando les vas a servir. El vaso se debe dejar sobre la mesa. Ella tiene el vestido mojado y hay cristales de la jarra por el suelo. ¡Hay que ver el desastre que ha formado en nuestra primera cita! Entiendo que está nerviosa y no será siempre así. Me pregunta si puede ir al baño para secarse con una toalla. Me dice que no me preocupe que solo es agua. La verdad es que el mantel está empapado, la jarra rota, sí hay motivos para preocuparse, pero le digo que voy a buscar la aspiradora en lo que ella va a secarse.

Me asomo a la terraza y saco la aspiradora. Mi vecino también está en la suya, intentando poner unos colgadores. Me mira y me dice que si puedo ayudarle un momentito, que él solo no puede. La verdad es que sería de muy mala educación decirle que no. El hombre está en un apuro. Ella sigue en el baño así que le grito que voy a salir un minuto.

Mi vecino me abre la puerta y me dice que quiere colgar unos soportes para las macetas. Me indica los nombres: perejil, cilantro, orégano. Le digo que tengo una visita en mi casa y entonces me dice que solo quiere que le sujete la escalera mientras hace los agujeros con el taladro.

[continuara...]

CJ Nieto



El visor de Alberto Suárez





Creí que los fantasmas perdíamos el olfato, pero tengo que reconocer que mi compañero de habitáculo tenía razón. Ayer lo pude comprobar. Decidí cruzar la frontera del barrio de San Nicolás y me fui a explorar las tienditas de la calle Primero de Mayo. Un intenso olor a pan recién horneado coqueteó con mi pituitaria y me hizo salivar como el perro de Pavlov. Atraída por el dulce aroma llegué a la panadería que está justo al lado de una agencia de seguros. Aunque me encontraba en éxtasis, mi oreja siempre alerta escuchó algo insólito.

La joven dependienta, con el ceño fruncido y estrujándose las manos con nerviosismo, le decía en voz baja a una señora mayor que era una historia real, que aquello le había ocurrido a un tío de su novio, el solterón que vivia con su madre anciana en el barrio de San Juan. "Por eso, por nada del mundo compro yo esos artilugios que vienen de Asia. Una inocente fotografía se llevó a Carmelo por delante", sentenció la chica después de entregarle a la señora una humeante baguette. "Está en la sección de Sucesos del Canarias 7", agregó mientras

le daba el cambio a la mujer. Sabía que la biblioteca Insular estaba a dos pasos de allí, así que, en un periquete, ya me había acomodado en el salón de lecturas dispuesta a consultar el diario local. Lo que lei me dejó perpleja y me juré a mí misma que jamás volvería a comprar nada que viniera de Japón, por si las moscas...

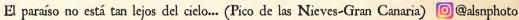
La señora de ochenta años, residente en el barrio de San Juan, miró la foto que su hijo de sesenta le había tomado con una cámara digital Nikon. El hombre no se lo podía creer cuando comprobó la calidad de la fotografía en la pequeña pantalla. Ni una sola arruga en el rostro de su madre, como cuando tenía veinte años. La piel tersa y blanquisima, el brillo picaro en sus ojos azules, el mechón rubio sobre la frente y la sonrisa de diva.

Intrigado, le pidió a la señora que le hiciera una instantánea, un primer plano, para subirla a la web de citas donde pretendía encontrar a su media naranja. Dubitativa y temblorosa, la madre apretó el disparador. En un irreprimible arrebato de vanidad, él intentó quitarle la cámara, ansioso por comprobar el resultado. Con un gesto autoritario, la señora frenó la curiosidad de su hijo y miró la pantalla. No pudo reprimir el grito. Aquel artilugio que habían comprado en una tienda de segunda mano le devolvió el rostro de un cadaver en descomposición.

A punto estuvo la pobre mujer de sufrir un desmayo. Como yo ahora. Así que prefiero dejar el periódico en su sitio y volver a casa. Ningún fantasma que se precie debe perder el conocimiento en público. Volveré la próxima semana, cuando mis tripas revueltas se hayan apaciguado y podrán saber cómo acaba esta inusual historia.

Angela Vicario









Encontrarse con uno mismo en un salto de espacio-tiempo es lo peor que te puede ocurrir. Cuando sucede, tienes dos opciones. Una, esperar y ver cómo tu cuerpo se desintegra lentamente... He oído que para algunos comienza por las manos, ves cómo desaparecen los dedos, las muñecas, el antebrazo. Se granula como la arena de un reloj y cae haciendo un monturrio del color de tu piel, el rojo sangre y el blanco hueso. Dicen que no sientes dolor, pero que los gritos suelen parar el tráfico, el canto de los pájaros y hasta la voz del viento que se detiene y se toma un silencio. Para otros, puede empezar por los pies. Imaginaos. Imaginaos un momento: tus zapatos monturrio-de-arena-a-razón-del-calzado y tus rodillas caen. Gritas. Le siguen tus caderas a razón del color del pantalón, la piel, el rojo y el blanco hueso. Y gritas otra vez. Supongo que, en cuanto la cosa llega a los pulmones, acompañas al viento en tu velatorio riguroso. El otro yo debe reir, suspirar o levantar la mano en señal de «que te vaya bien»... Un adiós bastante desagradable. En fin. Debe molestar bastante que tu yo siga intacto mientras tú te granulas en un monturrio multicolor sobre el asfalto. Lo extraño de todo esto es que no se sabe a cual de los dos le va a suceder y se cree que se debe a un golpe de

Me llamo Alan, dueño del popular concesionario de coches de segunda mano Compact Car. Como verás en la imagen de la hemeroteca de espacio-tiempo, me decidí por la segunda opción. Mi otro yo tomó la misma decisión.

Llevaba meses reuniendo para uno de esos packs de "Viajes al Jurásico". En defensa personal, lo hice con mi hacha Tomahawk en mano, por si me cargaba en el recorrido a algún Velociraptor o uno de esos Spinosaurus con espinas en las vértebras. En fin. Que mientras yo regresaba de pasármelo bomba, supuse que el imbécil de mi otro yo debió pagarse un viaje de "Regreso al día más feliz de tu vida" y se integró justo al mismo tiempo en que lo hacía yo. Claro que, en cuanto su cuerpo terminó la integración, entendí que, si él había llegado a mi espacio tiempo, a mi ahora, no era para decirme lo bien

que nos iba a los dos en los negocios del futuro. Aquel yo llevaba un pantalón de un tejido amarronado de esos de la cadena "Vistete como un magnate a precio de empleado" y una camisa por fuera del cinturón inexistente a manga corta. Me quedé pasmado. Yo jamás vestiria sin mis trajes de Brioni, de Alexander Amosu o, por lo menos, los New Armani. Así que uno de los dos debía morir. El yo tenía un tembleque en la mano derecha, donde sujetaba una pistola H&K USP SD con opción para montar silenciador del calibre 9. Estaba dispuesto a matarme. A quedarse con mi ahora. Aquel desgraciado había perdido todo mi imperio en "poco-me-importó-preguntarle-en-qué", así que le lancé como un vikingo loco el hacha. Lo vi rotar en un ángulo vertical de 360° y clavársele en el omóplato izquierdo. El yo se tambaleó un par de pasos hacia adelante y otros dos hacia atrás, antes de terminar de desincrustarse el hacha de la carne. Después, me miró con los ojos exagerados como balones de fútbol, los dirigió al hacha y lo dejó caer atrás. La hoja resplandeciente partió el asfalto. Yo me quedé quieto. Esperando. El yo no había muerto. ¿Cómo iba a hacer? No disponía de mucho tiempo. El yo levantó el brazo con tembleque y su pistola H&K. Disparó. Disparó sin pestañear siquiera. Juro que vi la bala lenta. Lenta y directa hacia ese lugar al que llaman tercer ojo en la cara. Y certifico que la vi con mi sonrisa bien puesta porque el yo chorreaba por el cuello; dejándome a la vista la gozosa exposición de su arteria femoral abierta.

Alan se iba...

También lo haría yo...

Aprecié su desplomo primero, antes de que lo hiciera el mío. Al fin y al cabo, los aparcamientos del concesionario Compact Car seguían siendo míos. Míos, hasta el último gránulo del monturrio sobre el asfalto.

Marie Yuset





Han colaborado en este número: Nereida Rodríguez Hernández, Luis Cabrera Hernández, Jaime Medina, Manuel Díaz Quintana, CJ Nieto, Belkys Rodríguez Blanco (bajo el seudónimo de Ángela Vicario), Alberto Suárez, Maríe Yuset, y Joaquín Nieto Reguera.

Los textos, fotografías e ilustraciones son propiedad de quien los firma-

elheraldodevegueta@outlook.com





Don Francisco Hernández Monzón

El Inspector Jefe, como aún se le recuerda en el mundo del magisterio canario, fue un personaje ilustre de la vida educativa de nuestra provincia y que posee el reconocimiento constante de nuestra escuela.

Entre 1930 y 1980, dedicó a la labor cincuenta años de su vida, de los que diecisiete fue maestro y treinta y tres inspector, ostentando la jefatura del servicio desde el año sesenta y seis hasta su jubilación.

Don Francisco nació en Agüimes, donde realizó sus estudios primarios, de la mano de buenos maestros, entre los que se encontraba su admirado profesor Don José Suárez Martín. A finales de los años veinte ya se había graduado, obteniendo los títulos de perito mercantil en la Escuela de Comercio y maestro de primera enseñanza en la Normal, habiendo realizado ambas carreras en nuestra capital. Su paso como maestro por las escuelas de San Mateo, Atalaya de Santa María de Guía, con permuta a Cruz de Pineda de Arucas, Rehoyas y La Puntilla de San Cristóbal, le otorgó en abril del año cuarenta y siete los méritos suficientes para acceder a la Inspección.

Tuve los últimos años de su vida animadas conversaciones con Don Francisco. Le visitaba en su casa los miércoles por la tarde y hablábamos siempre del magisterio canario. Tenía una memoria poco común y me ayudaba con su lucidez a conocer aspectos ignorados por mi del magisterio canario. De sus años de maestro me ha contado múltiples anécdotas y entre tantas de cuando aún se iniciaba en las prácticas y visitó la Graduada de Aguimes el inspector único que hubo en los años treinta en nuestra provincia, Don Felipe Panizo Gambón, que tenía su despacho en el Terrero, un madrileño que moriría estando activo como consecuencia de una penosa enfermedad. En aquellos años, ni se le pasaba por la cabeza que con posterioridad él realizaría miles de visitas como la de aquel día.

Es raro que en estas conversaciones no salgan a relucir Agüimes y Fuerteventura. Su pueblo natal es su refugio, siente por él verdadera adoración. Por cierto, tengo pendiente estudiar un dato que me aportó Don Francisco sobre la "Asociación de Amigos y Protectores de la Enseñanza" que se creó en Agüimes en el año 1918 y que fue toda una novedad de la época. De Fuerteventura, cuya zona de inspección llevó durante muchos años, revivió con ilusión cada anécdota. Le pasé algunos trabajos míos de historia de la educación de aquella isla, y poseo de puño y letra un manuscrito, con el ánimo de que algún día prologue algún

Durante años compartió tareas con Doña María Paz Sáinz Tejera y Doña Cándida Cadenas y Campo, hasta que en junio del sesenta y seis sustituyó a la primera en la jefatura del servicio, realizando esta tarea hasta su jubilación. Cuenta en su haber con distinciones a los méritos contraídos, medalla de Alfonso X el Sabio, nombramiento de Hijo Predilecto de su Agüimes, y entre otros reconocimientos el que su nombre figuró en un colegio de nuestra capital y otro en Corralejo. Además, sin dejar de ser importante lo anterior, tuvo la virtud. de ganarse el respeto y cariño de todos los que disfrutamos el conocerle personal y profesionalmente.

Joaquín Nieto Reguera



—¿Ve usted qué lustroso y qué grueso? Bien se ve que es un empleado a quien nutren bien los expedientes. El inglés, admirado.—¡Ah! los expedientes... Eso debe de ser mucho substancioso... Mí decir hoy al fondista que me dé siempre expedientes.